

## El Maremagnum Libresco

Alguna vez antes este cronista ha hecho alusión a la incesante aparición de libros y a su amenazadora acumulación sobre el escritorio, todos a la espera del comentario, la mayoría con amables dedicatorias, algunos, en fin, dignos de ser destacados en la página periodística. Crece la ruma como una torre imperiosa, que en silencio exige del destinatario el gesto de tender hacia ella la mano y sacar uno de sus pisos impresos para distinguirlo con la lectura y la alusión. Pero el chorro que alimenta este monumento de papel, este altozano de tinta, este atalaya de ideas y palabras, no se detiene, y amenaza, a la postre, con el ahogo mismo. Entonces es cuando hay que acabar con él. Y esto en un país como el nuestro en donde la producción editorial es baja. Es fácil imaginar lo que le pasa a quien en Europa o Estados Unidos se ocupa del menester bibliográfico.

Hay un artículo en el que Andre Billy, de la Academia Goncourt, cuenta el estupor de un visitante ante los cientos de libros que colman en su casa la pequeña habitación que el escritor tiene destinada a los libros de nuevos autores. "¿Qué significa esto —le dijo su invitado— qué significan estas novelas que nadie comprará nunca?". Billy, cuyo oficio es precisamente leer y criticar lo mejor de esa masa libresca, reconoce que nunca ha logrado agotar de ella ni siquiera un porcentaje razonable. Dentro de aquel maremagnum, él y sus colegas de la famosa institución francesa tienen, sin embargo que elegir una buena narración para favorecerla con un premio anual.

Contestar a la pregunta de qué significa esa superproducción actual de textos impresos implicaría concebir y desarrollar un análisis profundo de cierta característica deformidad de nuestro tiempo. Porque, como afirmara perplejo el interlocutor de Billy, a pesar de la política internacional en la que todos participan, por lo menos con el pensamiento y los nervios; a pesar de todas las distracciones que sacan al hombre de su casa; a pesar del cine y de los deportes que no existían prácticamente a principios de siglo; a pesar de la radio y la televisión; a pesar del automóvil que acapara los domingos de mucha gente; a pesar de la extraordinaria multiplicación de semanarios políticos y revistas ilustradas, y a pesar del eclipse de la literatura, cada vez hay más franceses —más humanos, en suma— que se entretienen borreando trescientas, cuatrocientas, quinientas páginas...

Enrique Congrains le contaba al cronista que en Lima, Santiago y Buenos Aires, cuando entraba en las oficinas públicas o privadas a vender entre los empleados sus ediciones, innumerables veces el cliente abría el cajón de su escritorio y le obsequiaba un libro del cual era autor. Esos son los escritores que crean, como un entretenimiento, esas novelas y esas biografías, esos ensayos y esos estudios de índole varia, que hacen la torre que voy a eliminar en este momento de mi mesa y que llenan el desván de Billy. No hay en verdad capacidad humana que pueda absorber todo eso, y es fatal que vaya a parar a un estante, de la cuna a la sepultura sin haber gozado de la menor gloria.

Sebastián Salazar Bondy

LP 02/06/1958, 10